

Yo, la incesante nieve

Yo, la incesante nieve / Tomás Maver
—1a ed., Buenos Aires, 2008—

ISBN 978-987-24351-6-5

© Por la presente edición

HUESOS DE JIBIA
Perú 544 7º 28
{1068} CABA
huesosdejibia@gmail.com
www.huesosdejibia.blogspot.com

Editor: Walter Cassara
Corrección: Valeria Racioppi
Diseño gráfico: Nat Filippini
{estudioalmacen.com}

Hecho el depósito que indica la ley 11.723
Impreso en Argentina

TOMÁS MAVER
Yo, la incesante nieve

 HUESOS DE JIBIA

*a Mammy
a Daddy
también incesantes*

Napoleon

What is the world, O soldiers?

It is I:

I, this incessant snow,

this northern sky;

Soldiers, this solitude

through which we go

is I.

Napoleón

¿Qué es el mundo, oh soldados?

Es Yo:

Yo, la incesante nieve,

este cielo del norte;

Soldados, esta soledad

por la que andamos

es Yo.

WALTER DE LA MARE

Porque somos como troncos de árboles en la nieve. Aparentemente, sólo están apoyados en la superficie, y con un pequeño empujón se los desplazaría. No, es imposible, porque están firmemente unidos a la tierra. Pero atención, también esto es pura apariencia.

FRANZ KAFKA

*Mi verdadero lujo
es éste: haber nacido
donde no he de volver jamás,
casi no haber nacido.
Cuando me muera,
si he de morir,
me moriré más lejos que ninguno.*

FABIO MORABITO

A LO LARGO de mi vida
construí muchas casas.
De todas me fui, las dejé vacías,
plenas. Entre una y otra fui encontrando
una soledad donde mi alma aprendió
que lo que amamos no tiene protección.

Ninguna de ellas me pertenece.
Para mí, las paredes, los cuartos de baño,
las piezas, responden sólo –ahora lo veo–
a la tenue organización de la nada.
¿Cómo dejar intactos los cimientos
de mi errancia,
si todas las puertas están abiertas
para que llegue a cualquier punto
de su encierro?

Pero si no hay a dónde ir
en rigor, no podemos ser prisioneros.

Bajo cada techo
pienso con tranquilidad y malicia:
*Estos refugios que amparan mi desvarío
no saben hasta dónde podría llegar.*

NO HAY un solo lugar de este patio
que yo no haya recorrido
por equivocación o por juego.

El césped está muy desgastado
y cuando llueve me embarro,
y al volver al día siguiente
examino unas huellas que yo no dejé.
Alguien anda detrás de mí,
alguien que da pasos largos y pausados

como los míos, y por lo que veo

siempre sale acompañado
pero preguntándose:
¿De quién serán estas huellas?

LA IDEA era hundir los pies en la arena caliente
cerrar los ojos
y desaparecer, dejar sólo los pies
como se deja la mirada
frente al mar.

Se tiene que mantener la atención
suelta entre el pie y la arena,
confundida con el calor que va
perdido y concentrado
en un lugar y en otro
de la sensación
que me exalta y me saca
de la playa donde estoy parado.

SÉ que por algún lugar
no muy lejos de acá
estuvo mi casa.

Quizá no la alcance
nunca más. A lo mejor
ya la pasé sin haberla
reconocido. Pero me consuela
pensar que, aunque sólo
queden un par de vigas

y paredes que apenas
se sostienen, allí había luces
que nunca se apagaban.

Pero no existe más,
por fin lo entiendo.
¿Se habrá volado con el mal

tiempo, o la tierra
se la habrá tragado? No lo sé.
Ahora que llegué al lugar exacto

y ya no está, me doy cuenta:
estoy infinitamente cerca
de lo que me falta

y a la vez, si lo pienso, estoy
más alejado que ninguno
como para volver a perderla.

Por eso, la miro por última vez
hasta que se pierde de vista.
Y sonrío porque en medio de este

páramo, hay algo que me colma
como si, finalmente,
hubiera encontrado mi lugar.

Mudanzas

1

Hay una madre gritándole a su hijo.
Hay un portazo, un gemido, dos silencios.
Los pasos de un viejo en el pasillo
marcan el tiempo, más que los ruidos del ascensor.
Un teléfono inconsolable suena
en un departamento donde nadie quiere atenderlo.
Alguien tira la basura como si de algo se salvara.

2

Poco va quedando de mí.
En cada mudanza
dejo algo atrás, a veces con olvido,
a veces con algo de solemnidad.

Y me instalo apenas
como polvo sobre un piso sin amueblar
listo para cuando sea el momento
de dejar mi nueva casa.

Pero hay veces en que tardo en irme
y como ropa en un cajón, me acumulo,
empiezo a vivir casi sin enterarme,
tapo las humedades, pinto, traigo una cama.

Para cuando llega la señal de que debo partir,
limpio en serio, ordeno, barro y, si hace falta
cambio las cosas de sitio
para ver si acaso éste se parece, si puede haber sido
aquel sitio que no quise dejar la primera vez.

3

¿Dónde estoy?

Hace tanto frío y estoy inquieto.

Me pareció escuchar un llamado,
ruidos, quizá alguien que se fue.

Si es así, hace bien, acá nadie es bueno,
todos se van y no tengo con quién hablar.

Pero suena el teléfono y temo
que sean los de la compañía para avisarme
que cortarán la línea por falta de pago.

Es cierto que tampoco estoy al día con las expensas
y me miran raro en las reuniones de consorcio

que no puedo eludir por algún motivo,
y cuando me alejo por el pasillo

hablan con tanta pasión mal de mí
que casi me pone contento su entusiasmo.

Con el tiempo me fueron sacando los muebles

como forma de pago, luego la ropa,
los electrodomésticos, y así

llegué a sentir que de algún modo
yo también me mudaba, muy a pesar mío,

que mi casa era otra: una cada vez
más espaciosa, más fría, es cierto,

pero debo decir que con más luz.

AHORA que estás de vuelta
y otra vez sos resistente
al paso del tiempo

sentís una dulce dejadez,
sacás de la valija cosas desgastadas
y apilás en canastos
lo que ya no te sirve.

En fin, no hay horarios
para la impuntualidad de los regresos,
y viendo tus bolsos semi vacíos, comprendés
que no hay lugar para lo que perdiste.

Pero ahora, en el lavadero
donde el sol seca tu cara y tus manos
y el aire se llena del perfume
de la ropa limpia colgada de las sogas,

te invade una nueva predisposición, unas ganas
de que nadie más que vos, en esta paz,
sea quien se quede planchando
los pañuelos de la despedida.

YA ni sé cuánta gente vive en mi casa.

Es ir a lavarme los dientes mientras uno se baña
y otro termina de afeitarse.
Para pasar por el pasillo hay que esperar que pasen
cinco, diez, treinta y seis tipos seguidos.
Hay fila para subir la escalera, turnos para dormir
y una estricta división y control de las tareas domésticas.
Ya casi nadie se ríe de lo que tuvimos que hacer
para aprovechar el espacio al máximo. Y con el tiempo

no iba a ser fácil mantener la memoria colectiva
que se abarrotaba con nombres, caras, voces...
Cuando quise anotar aquello que me resultaba excesivo
por así decirlo, alguno ya había escrito mis papeles.
Extrañado o resignado, me llevé las manos a los bolsillos
y hallé otra mano tocando la mía con mis propios dedos.
Como pude, traté de esconderme en el anonimato
que a la vez me delataba y me perdía. Así se fueron
dividiendo y perdiendo, en esta suerte de intermitencia,
mis pasos lentos en el patio, mi cansada postura yéndose
con disimulo de donde soy desalojado.

EL PARACAÍDAS

se abrió
como una solución
provisoria

como un nido
del que por primera vez
me lanzo
a sentir otra
respiración
ligada al viento,

caigo

sin que las lágrimas
me detengan

contra el final
del sueño
hasta la raíz misma
de la caída
donde encuentro el agua

que me mantendrá despierto
en medio de esta noche.

HOY VOLVÍ a mi casa
como si fuera el sitio
más lejano del mundo.

Por las calles de todos los días
por primera vez y para siempre
no sabía a dónde iba a parar
ni qué dejaba atrás.

Estaba cruzando el desierto
de las cosas, que de tan conocidas
se vuelven invisibles o infinitas
a la mirada del recién llegado.

Fue el viaje más largo de mi vida
y no puedo decir con certeza a dónde llegué
ni quién era el extraño que entraba conmigo.

Terremoto

El primero

perdió su casa
y está como absorto. Mira
con fascinación los escombros,
las caras de los vecinos, cambiadas
por completo. “Ahora qué voy a hacer”
dicen algunos. Hay otros
que saben exactamente qué
quedó sepultado. Él siente un terror
estupendo; como de pronto
todo cambió a sus pies,
no reconoce dónde está
y busca pistas para ver
si se salvó de morir
o si éste es el merecido paraíso.

El segundo

cuando sintió los primeros
temblores, y que la casa
se derrumbaba con él adentro, salió
de inmediato para ver
el funcionamiento que la destruía
y sin contemplaciones, dijo : “Llévate todo”.

El primero

apenas se mueve. Está alerta
y desapegado. Hubo
un quiebre. Una delgada fisura

lo atravesó hasta tocar algo
que no sabía que llevaba dentro.
Hoy experimentó
eso: mantenerse parado
entre lo que pierde consistencia. Intuye
que entre los escombros
tiene que estar la piedra inmutable
del comienzo.

El segundo

siente una soberbia y austera
debilidad. No necesita nada
al haber sufrido una lesión tan completa
que involucra esa extraña alegría
que lo vuelve invulnerable a la carencia
y lo rescata de entre los escombros.

El primero

piensa que la adultez, las pérdidas, el amor
cambian el mundo que conocíamos.
No lo muestran tal cual es, ni logran
reducirlo u ocultarlo. Se agregan
en todo caso, para volver más compleja
la piedra del comienzo. Por eso
no es suficiente perder algo. Recuperarse
es saber que nuestra vida es ese terremoto
que podemos ver desde adentro
y sentir desde afuera.

El segundo

no sale de ese estado. Al contrario,
lo incorpora a su modo de ver las cosas
y se pone a ayudar al resto. Transporta
heridos, reparte vendas, prepara café, levanta
los ánimos. Sabe que para muchos todo
está perdido. Pero ahora puede entender
con mayor claridad, esa que hay aun después
de los terremotos más feroces,
lo que es estar solo, deshecho y preparado.

Besando mis prisiones.

FRANCISCO DE QUEVEDO

LA HAMACA te llevaba y te traía en la tarde.
Lo recuerdo
como si no te estuvieras por ir a Alemania
para hacer algo con tu vida,
como decías vos.

Yo te veía ir y venir, y tenía la impresión
de que le robabas algo al tiempo,
buscando las pruebas de su existencia
porque ¿quién entiende bien cómo
pasa tan rápido una tarde o un año?

De vuelta en casa, preparaste un submarino,
tus ojos parecían los de una fiera
dando vueltas alrededor del fuego.

En ese momento sentí oscuramente
que aquello que podríamos llamar “aprovechar
el tiempo”, para vos era una abstracción,
un vaivén que no nos toca,
y entonces pensé:
¿Por qué no ver al tiempo
como otra barra de chocolate
disolviéndose en tu taza,
como algo que una cucharita podría atravesar
una y otra vez
dejándonos un resto dulce
en las tazas aún tibias?

ES EN mi cuarto de
papeles siempre sueltos
donde empiezo a pensar
largamente
con destellos quebrados

lo poco que tengo
por decirte
desde antes de conocerte
cuando te buscaba por mi cuarto.

No nos habíamos conocido
y ya me pedías que te escribiera
sin importar lo que estuviera haciendo,
entonces te mandé diferentes cartas
en blanco,
para que te dibujaras en ellas
largamente
porque te seguía buscando
sin saber exactamente cómo empezar eso
que ya se nos adelantaba
acorralándonos.

Pero una noche
salí de mi cuarto gris
como si saliera de todas las salas de espera
a darte lo que había escrito,
y anduvimos
largamente
con destellos quebrados
como si fuera un extenso lugar
nuestro encuentro.

LA SENSACIÓN de que era muy tarde o muy temprano
y no nos distinguíamos en la madrugada.
Habíamos puesto el despertador para ir
a ver el amanecer a la playa, su belleza
dirigida a nosotros, a punto, siempre, de algo más.
Pero tenías frío y yo estaba pensando
que al otro día nos íbamos a Buenos Aires.

El sol no había salido del todo aún.
Vos me apretabas la mano con ganas de volver,
de pasar de ese frío desmedido al calor del cuarto,
de nuestros movimientos adormecidos
preparando las tostadas, volviendo a la cama,
resistiendo contra el tiempo.

EN LA SEMIOSCURIDAD de una música
que nadie parece estar tocando
hay dos personas que bailan

una danza inspirada en la quietud
del mundo cuando se detiene
un instante a mirar lo que ama.

Tan cerca bailan uno del otro
en esta hora de la madrugada
que no se sabe cuál de los dos

-si la noche o el día-
tomará primero la decisión
de separarse e irse.

NO TE LAVES el cuerpo, no levantes las colchas,
quiero que tu aliento me anime
otra vez la mañana.
Miremos el desorden de ropa tirada
y cortinas apenas abiertas delatándonos.
No tengo más remedio que volver a conocerte
a partir de estos desarreglos:
tu nuevo corte de pelo,
las pausas en que te alejás sola,

las nuevas manías amorosas
que adoptaste en estos años.

Perdamos, entonces, un poco más de tiempo
sin precisar estas cosas pasajeras,
celebrems la corta epifanía
de despertarnos juntos en medio de la oscuridad
sonriendo, y decirnos hasta mañana
pretendiendo no saber que cuando ésta
llegue, nos iremos otra vez
con cara de sueño por caminos separados.

La soledad siguiendo.

GARCILASO DE LA VEGA.

EN CAMINOS despejados me atraso sin remedio
y llego a mi casa siempre después de mí
como a un lugar donde no queda nadie.

Tropiezo con cosas que ya no están,
por todas partes choco con la distancia que se abre
entre nosotros, con armarios que quedaron cerrados.
Los ecos de las charlas que todavía recuerdo
son sobre viajes que se llevan a los que hablan
y preparativos que hace uno solo.

Apenas te fuiste, borré cada huella tuya
para no ver a dónde iba la siguiente.
Fui, una por una, deshaciendo tu abandono
hasta desorientarme y no tener cómo seguirte.

Pero ahora resulta que cuando piso
donde alguna vez borré los rastros de tu partida
vuelvo a tropezar con algo que quedó de vos
y que se sigue yendo de donde ya no estás.

*Que en los desiertos del corazón
broten las fuentes curativas.*

W. H. AUDEN

CUANDO REGRESABA de la noche
oscura en que el alma se conoce y
acompaña,
junté lo que tenía para decirles
y armé una pequeña casa con un patio lleno de árboles
donde poder reunirnos a tomar algo
y después salir a caminar y respirar el aire frío.

En las madrugadas de aquella larga vuelta
descansé a la intemperie, y me dije:
los exhaustos sacan fuerza
de recipientes que parecen vacíos

y es mejor entregarse a recorrer
los espacios que nos alejan de todo
hasta ser liviano como un cuenco
donde cualquiera pueda acercarse
a oír cómo se va llenando.

Porque, amigos, es menos lo que yo tengo
para decir
de lo que ustedes hacen
por escuchar.

Por eso vuelvo
a esa casa sola,
a ese patio y sus árboles
como si por primera vez llegara
al extremo de mi alma.

*Beautiful, beautiful, beautiful,
beautiful boy.*

JOHN LENNON

A VECES me da por pensar
que mi padre se está volviendo
cada vez más chico
para que yo lo conozca por completo.

¿Por qué será que los hijos
desconocemos la infancia de nuestros padres?
¿Acaso por exigirles esa paternidad
no los dejamos de algún modo huérfanos?

Ahora es como si él estuviera en busca
de una edad exacta
en que envejecer y hacerse chico
vayan de la mano.

Lo veo como si creciera frente a mis ojos
para llegar a tiempo de ser mi padre
dejando cosas atrás, historias que los hijos
apenas llegamos a conocer, demasiado ajenas,
y que no podemos averiguar sin
que nuestros pensamientos se vuelvan borrosos.

Después de una vida de haber aprendido
el arte de perder hasta lo más preciado
sin que parezca algo terrible,
me pidió que hiciera lo mismo,
pues su labor como padre, aseguraba,
consistía en que yo, eventualmente,
prescindiera de él.
Sé que el tiempo no pasó

por su vida sin transformarse
en algo contradictorio
con dos direcciones opuestas
y a la vez reconciliadas en su corazón
de padre y de hombre
que también está solo

yendo hacia los extremos de la edad
hasta volverse tan grande o
tan chico su amor, que no se lo ve,
acaso por la sencillez de su entrega,
que sólo se conforma en dar
y en darse.

SÓLO POR JUGAR ella nombraba cosas
y escribía con fruición esos nombres
sobre las mismas cosas que nombraba.
Salía al jardín que tenía en su casa
y si veía una rama que le gustaba, decía
en voz alta y escribía sobre ella
RAMA, como si se hablara a sí misma
para no perderse, trepada al árbol.
Con el tiempo, escribir y nombrar
se parecieron mucho a desear
y donde veía una rama que le gustaba
murmuraba y enseguida escribía BROTE
como si de la misma palabra estuviera saliendo.
Y a veces era tanto el entusiasmo
que dejaba escrito en el aire
el lugar de un nido caprichoso.
Así fue notando que las cosas cambiaban
y había que volver a nombrar las ramas
cuando eran troncos o tallos u hojitas recién salidas.
Y a veces esto ocurría al revés.

Con sus propios ojos comprobó que un pájaro
fue acercando palitos a la palabra NIDO.
Entonces ella empezó a nombrar
hierbas, maderitas, pequeñas
ramas para ayudarlo. Mientras
el pájaro iba recogiendo esos préstamos
y al llegar arriba, piaba, alegre. Fue justo ahí
cuando la niña se dio cuenta de que ambos,
entretrejiditas sus voces,
estaban armando el nido en voz alta.

El baúl de las cosas perdidas

Miro hacia atrás del mismo modo
que cuando era chico y perdía mis útiles
y me era imposible saber dónde
había caído mi buzo,
ni cuántos cachetazos
me ayudarían a prestar más
o menos atención.

Pero ahora también llego tarde
y no estoy donde debería
y la maestra o mi madre
vienen por mí
que estoy tratando de algún modo
de volver a casa sin que me reten
poniéndome cualquier cosa de este baúl,
por más que ya no me entre. Tan sólo espero
que no sea demasiado tarde
para el frío que hace afuera.

Quisiera remontar estos descuidos, ir
volver, encontrarme
con mi buzo y dejar de ser
un obstáculo para mis pertenencias.

Pero este baúl, proyecto de un orden
tan riguroso en el que ni las pérdidas
andan por ahí sueltas, es a su modo
invencible. Siento que voy a quedarme
revolviendo sin terminar de averiguar
dónde quedó aquel chico que buscaba
y buscaba salir al recreo
con el resto de los chicos.

CUANDO HABÍA cáscaras por el suelo
y sartenes definitivas
y la vejez entorpecía los cuchillos
y tus lágrimas apagaban las hornallas
cuando te dejé en manos de esa derrota
y dijiste: -No te pude hacer la tortilla, hijo.
Así, con semejante disciplina en la ternura
nutriste mi corazón desorientado.

Ah, si me pudiera quedar con lo que me diste
aferrado al fondo de cebolla de tus caricias
batiendo claras y yemas en la niñez que forjó tu cocina.

Pero quizá he sufrido a tu lado
la paciencia de tus manos,
que toda tu jubilación entrara en un frasco
que no te protegieras de la hostilidad de mi madre
que te lastimaba y me lastimaba.

Cuánta cuchara, cuánto plato sin mi porción
cuánto cuidado de no tocar ollas ahora frías.

Era tanta tu infancia que no creíste
que íbamos a tener tiempo de crecer, abuela.

Hoy, que te amo de adulto
pero que sigo temiendo de niño
vuelvo a ayudarte a preparar la tortilla
esperando que no nos reten
por haber dejado los platos sucios.

ESTOS BARROTES que se suman como los días
me absorben la vida y me acortan el tiempo.
Estas letras que miro como enjaulado,
atrapado por lo que dicen, ignoran que espero

que mi mano vuelva,
abra la jaula
y me saque en su palma
para que, como un pájaro liberado
yo me separe, por fin, de ella,

ah, y sentirme ir, desbordando las alas
hasta estrellarme contra el cielo,
donde no llegan mis manos
a las que sólo les queda la tarea
de copiar lo que cante.

Reunión de padres

La maestra

Se ve que algo le está faltando al chico
y a ese mundo que tiembla con él, diría yo.

En sus cuadernos donde dibuja a la familia
el cielo es negro de crayón muy apretado.

No habla pero tampoco llora en los recreos.
Es difícil saber si sueña con venganzas.

¿Nunca se preguntaron por qué al volver del colegio
siempre se pierde como dudando de algo?

Aunque le disguste su infancia,
ustedes sienten que algo crece y peligra

cuando todo en él se inquieta de golpe
y el silencio amenaza con ojos saltones.

Pero bien pensado, de poder alcanzar
ese mundo desprotegido,

quién sabe lo que pasaría.

El padre

No estoy seguro,
pero sinceramente creo que hace falta
mucha ternura para comprender en estos casos,

una suerte de silencio, otro tipo
de acercamiento desde donde
poder ver con mayor claridad
el color de sus ojos cuando pinta en clase
sin que le tiemble el pulso.

La razón por la que estamos acá, en el fondo
es prevenirnos de esa tremenda
vitalidad que tienen los niños. Pero
¿de qué nos queremos proteger:
de los dibujos de un chico
o de cómo nos mira, como si fuera él
el único capaz de entendernos?

Usted, señorita, que todavía está a medio paso
entre la infancia
y la adultez, quizá sea mejor
que sepa que la alegría es mucho más
seria y compleja que la tristeza,
y que no es tan fácil, créame,
separar las aguas.

La madre

¿Qué nos revelan estos dibujos?
¿Qué nos dan de él? ¿O nos sacan algo quizá
que no nos pertenece, para devolvérselo?

Cuando veníamos en el auto
miraba las casas, los árboles que pasaban
como si dejara algo atrás que fuera suyo,
recibiendo a cambio la brusquedad
de este lugar que parece serle todavía extraño.

Usted nos informa que hay algo
inalcanzable en nuestro hijo,
pero quizá sea menos feroz
de lo que nosotros pensamos.

Sin embargo, apenas nos dice estas cosas
queríamos olvidar todo
y que esto pase y se vaya
la sensación de abismo,
de paraíso perdido.
Porque ahora que no podemos más
somos nosotros, los que hablando con desenvoltura
como gente grande que somos,
rogamos que alguien nos venga a buscar
que alguien, por favor
nos venga a buscar y nos lleve
definitivamente, a casa.

La mucama

Yo no sé, pero a mí estos dibujos me gustan.
Quizá sea porque lo vi dibujarlos
cuando entraba a hacerle el cuarto y él
se ponía a bailar saltando la aspiradora
y teníamos que poner más fuerte la música.

Él me solía preguntar si a mí me gustaba
lo que estaba haciendo, y yo
no sabía si hablaba de que me ayudara
a limpiar, o de cómo se ponía a dar vueltas,
o de los dibujos que llenaba de colores.

Yo lo miraba con asombro. Al contrario
de lo que oí decir, para mí al chico

y a su mundo no le hace falta nada, sino
que desborda de energía. Y hay que estar
felices por eso. Un mundo donde una casa
puede trazarse con sólo cuatro pinceladas
no es poco, ya lo creo.

Por eso trato de no molestarlo
y abro hasta arriba las persianas
para que vea que la oscuridad
es un color más, a tener en cuenta.

*¿Estos ojos de quién son,
de quién son mis deseos de hoy?
¿Y este insomnio de quién es...?*

PATRICIO REY

She's leaving home (en la version de Brad Mehldau)

*girando sin ruido la llave de la puerta de atrás,
pisa afuera y es libre.*

Tocando para nadie, Brad se divierte solo,
oyendo los pasos de ella
hacia el calor de la mañana de aquel miércoles
que inunda la casa, entrando
desde la puerta ahora cerrada con sigilo,
sin escuchar la canción que Brad toca
arriba, a modo de saludo.

Los dos, de algún modo,
sienten el ansia de no saber qué va a venir.

Quizá ella no estuvo equivocada al pensar
que la felicidad es como dejarse ir
fuera de uno, con la certeza de quien anda
cerca del viento, sin perderse de vista
entre extranjeros, ni aunque se esté
solo, pensando en quien se fue
o en una melodía que se debe retomar
por más que nadie la escuche.

Creándola a medida que desaparece,
Brad prueba las estructuras de la canción,
de las notas sumándose, cayendo y subiendo
de eso que no dura y que, sin embargo,
se toma su tiempo para terminar,
afirmándose en su falta de sostén.
Esta demora, sospechamos nosotros, la suscita
no la embriaguez de recuperar el pasado
sino el presente que se apoya
y proyecta su nostalgia, improvisa
y cambia de rostro, sintiendo
provechosa la incertidumbre.

Dando forma, probando, pensando,
quizá Brad quiere que ella vuelva,
pero no ahora, que todavía no lo interrumpa
y lo deje un rato más
tocando el piano y agradeciendo
esta euforia

que no busca despedirla ni recuperarla,
tan sólo volver a esa mañana para que se ensanche
y pierda urgencia frente a las estrategias
del músico que perfecciona la luz,
su reflejo en los árboles
y la perseverancia del rocío
que perfuma el espacio del que ella,
lentamente, se va alejando.

Ruinas

No somos prácticamente nada.

Y sin embargo nunca terminamos de desaparecer.

Algunas guardamos cierta forma reconocible de la que se puede decir: “Esto fue una iglesia, un palacio magnífico, o una ciudad próspera que ya no existe”.

Pero nadie sabe bien qué hubo antes acá. De todos modos, eso no importa.

Nuestra forma inacabada exalta la imaginación de quienes sueñan con lo que podríamos haber sido, para después convertirse en algo infinito vuelto a reconstruir a su modo por cada uno que nos ve.

Pero, qué extraño querer recuperar algo perdido hace tanto tiempo.

A los chicos que patean sus pelotas contra estos muros derruidos, a los perros que olfatean huellas invisibles no les importa que seamos un punto intermedio entre la arquitectura y la intemperie... ¿No es maravilloso que puedan vernos tal cual somos?

Ellos juegan con lo que tienen a mano
y algunas veces -pero sólo algunas veces-
se acerca un vagabundo o una pareja
de enamorados y encuentran acá,
entre lo precario, como antiguos reyes
un lugar donde echarse a esperar la noche.

Conductor de ómnibus a la cinco de la mañana

Supongo que a veces les resulta demasiado tarde,
será por eso que vienen tambaleándose
y otras, con miradas reconcentradas, de fiebre,
demasiado involucrados en el siguiente día.

De todos modos, en esas madrugadas lentas
en que todo parece interrumpido,
antes de que se nublen de lagañas,
noto una vez más esa inquietud
como el presentimiento de ser llevados
no a lo que sigue sino a lo que recobra su conteo.

Sea con esa extraña vigilia,
sea con la derrota del alcohol o de la noche,
levanto esa mitad herida,
-lo que queda de las parejas, de los amigos,-
y los devuelvo ¿a dónde?

Otra vez solos, ¿quién los verá como yo
que les proveo el final del día
y el frío de las terminales?

NO LLEGUÉ a aprender nada por mi cuenta
todo me lo tuvieron que decir
todo me lo sirvieron en bandeja un día que ayuné
estudios, trabajos, familia,
pasé todo y no pasó nada
que me cambiara el modo de afeitarme.

¿Soy acaso un animal que ríe?
¿seré desplazado si escribo un poema?
¿echado de la sociedad por hacer sombras
en la pared del lenguaje?

En efecto, así fue:
me trajeron de los bordes
al medio del régimen
a golpes de gramática sobre mis poemas,
fueron con saña sobre lo que conocía demasiado
hasta que no supe lo que pasaba, y me dije:
la realidad es una, la realidad es una
y las medias se cambian todos los días.

Aun así, leí manuscritos arcaicos, traduje,
quemé, taché, rescribí lo conveniente,
hice listas de libros prohibidos,
libros que ya me había memorizado.
Cuando empezaron a perseguirme
logré escapar hacia la frontera
sin saber qué dejaba a mis espaldas.

Y me sigo preguntando
qué animalito soy
yéndome de todos lados, viniendo de ninguno
escribiendo sobre la imposibilidad
de aprender algo
cuando se es chico y todo es nuevo
y todavía somos una especie de extranjeros diminutos.

Escribo estos papeles
como si fuera la primera vez que hablara
y los dejo en los bordes de los muros
donde antes proyectaba sombras
y que hoy atravieso como lo haría un insecto
que roe los ladrillos de lo conocido
abriéndose paso.

La escondida

a)

Voy a contar hasta diez
y cuando termine

no sabré dónde están.
Voy a buscarlos

y encontrarlos antes
de que aparezcan

tocando esta pared
como sombras que fueran reflejo

de otra duda.
Tomar esas apariencias

por sorpresa
y que se den por vencidas,

que sean sólo chicos.
Y al darme vuelta no esté solo

y sigamos jugando.

b)

Ya terminó el conteo
y viene por mí.

Todo este tiempo planeé
lo que voy a hacer.

No lo perdí de vista.
No perdí la cuenta.

El que espera nunca pierde
la cuenta.

Yo, que sé dónde estoy,
voy a actuar.

Sin embargo no puedo moverme
del escondite aún,

de esta espera que me oculta
y atrapa.

Todavía no debo espiar. Cuidado.
¿Cuándo salir, cuándo correr?

¿Y si creo que sigo jugando
mientras ellos me olvidan?

a)
¿Dónde está? Por favor
que tengo que encontrarlo.

b)
Cuánto tarda... Por favor
que tiene que encontrarme.

Ruinas de Quilmes

Me acerco sin permiso a tu pueblo caído.
Miro alrededor y me asombra la altura,
las misteriosas penitencias del sol,
esta raza mutilada que peleó
y lloró como estos escombros
que me rechazan.

Cacique:

toco apenas el límite quebradizo
que aleja lo propio de lo ajeno
y siento en los intrincados caminos
de mis venas
un baile, un grito, una lanza
bajando -¿a la guerra,
hacia mí mismo?-.

La tierra me ciñe y mis ojos
se arriesgan a mirarla
íntegramente.

Entre estas ruinas
yo te presto mis ojos, Cacique:
mirá de nuevo tu vasto imperio.
Si no te distraés demasiado
quizá veas con el rabillo, de modo fugaz,
al extraño que mira conmigo
y te preguntes quién es.

Penélope

Sobre los pretendientes

A todos estos hombres
yo los amo.
Acercan sus regalos a mi balcón:
rosas, cajas de música, perfumes
que se filtran hasta mi cuarto.
Mi presencia es el espacio
en el que ellos compiten
unos contra otros.

“No va a volver, No va a volver”
dicen en voz baja, con sabor
a menta en sus bocas jóvenes.

Sus vidas están pendientes de estos hilos
que manejo hace años
sin que ninguno teja una sola esperanza.

Ellos, por las noches,
fracasados y felices
renuncian a su seducción y
después de los banquetes y el vino dulce
pagan por mujeres, juegan entre ellos,
o en la frescura de las ligustrinas
piensan con furor en mí
hasta apaciguarse.

Sobre mi marido

¿Qué Ítaca soñó en lugares lejanos?
¿Qué atributos debió inventarnos
después de ver tantas islas y mujeres
todas iguales entre sí?

Poco me interesa que se haya ido
a pelear a Troya, creyendo
que su vida podía ser gloriosa.

No esperaba otra cosa de él.
Pero su vida no va a ser eterna
sino larga, sencillamente,
como la de cualquier otro mortal.

Odiseo: siempre que toques una puerta
que creas la última de tu viaje,
te vas a encontrar, no lo dudes,
en un lugar previo
que se abrirá
a nuevas postergaciones.

No sufras, entonces.
Si en verdad, como creo,
sos un soñador,
no le temas a la pesadilla
que pueda despertarte
en una Ítaca de la que nunca saliste,
porque, en todo caso, será lo mismo

y, amor mío, es bueno que lo sepas de una vez:
yo, que jamás salí de estas propiedades,
no es a vos a quien le fui fiel todos estos años
sino que como vos y como mis pretendientes
yo tengo un diario compromiso
con lo interminable. A mis tejidos
le soy fiel, y a nada más.

Sobre el arte de tejer

No recuerdo cuándo empecé a tejer.
En algún momento de los banquetes o de las siestas
sin darme cuenta dejé de esperar
y me dediqué a otra actividad,
también sin porvenir.

Así es que ahora tejo historias increíbles
que cada noche destejo
y cada día recomienzo
con esa inocencia imperturbable
del que mira los templos, las guerras,
los sacrificios y los días como lo que son.

Troya, las hazañas de mi marido,
las naves, la victoria, los dioses, el regreso,
¿quién sabe cuántas cosas más pasaron
en estas historias
que me cuento y que al día siguiente
ya no existen más?

Porque, díganme, ¿qué se puede pretender
de lo que, quizá, venga con el tiempo?

Por eso, amigos, no se engañen.
Esto que parece una obstinada espera
es, en verdad, una desgarrada
fidelidad a lo pasajero:
cuando el tiempo me envuelva
con este sudario interminable,
sentirá en sus manos el filo
de mi vida
deshecha por las noches
y vuelta a empezar por las mañanas.

*Vamos hacia un lugar que no conozco,
pero cuyo reflejo me permite vivir.*

JORGE TEILLIER

¿CUÁL ES esa presencia que ayuda a escribir
cuando no está?

¿Cuántas despedidas faltan
para aprender a estar solos en la noche?

Las voces que escucho van
de un lado para el otro.

Los mares se buscan de puerto en puerto.
Las aves se destierran del frío.

Pero, ¿qué vuelve, qué queda en las manos
encendidas por fuegos que no nos tocan
sino desde lejos?

Chispazos: el trabajo de los que ansían
que sus latidos repercutan en lugares
a los que ellos mismos no llegan.

Afuera arrecia un temporal
y no se ve nada por la ventana.

Me siento frente a esta hoja
sin poder escucharte
sin saber si estás del otro lado.
Paso los dedos por encima
y creo que se mueven tus pestañas
como si el parpadeo del tiempo
abriera sus grietas
y dejara que nos viéramos un instante.

Y escribo, fija la mirada
aunque caigan cántaros de tiempo

sobre la hoja donde
las palabras trémulas
crecen fuera de mí
con el ruido de fondo de los truenos

hasta que, sin mediaciones, se provoca otro tipo
de florecimiento, de concepción

que nos entrega una claridad
en donde las dos caras del poema
se miran.

El camino por donde volver
como si por primera vez llegáramos
a la felicidad de estar solos
está cubierto de barro, casi imposible
de transitar, y sin embargo
no queremos cambiarle la belleza.

Es nuestro y está detenido
el instante en que -aún en la tormenta
más furiosa-
el relámpago ilumina

y revela aquello que, incluso después de lo peor
sigue estando:

esta casa
donde trabajo

haciendo de la soledad
un paisaje.

CON TODO lo que me falta
voy a armar mi ofrenda.

Por más que haya fragmentos
que nunca logren consolidarse
y otros que permanezcan temerosos
sin separarse de la mano que los ofrece,
algunos se ramificarán
alejando de sí los espasmos
de los sucesos que nunca verán la luz.

Y si ante su llegada
las palmas de las manos caen bajo su peso,
si nos quedamos sin aliento y estallan
las ventanas y los patios tiemblan
será porque desde todas las puertas
estará llegando la violencia de esta ofrenda
que aun en forma de regalo
cuestiona su recibimiento.

Y si fue desintegrándose en el camino
es preciso que, pese a su extrema escasez,
alcance para una caricia
que traspase la entrega.

Inspiración

I

No es una ocurrencia. No está
entre lo que queremos decir
y lo que finalmente decimos. No
es un azar.

Es un largo trabajo
en medio de la nada
es el llamado que nosotros mismos
nos hacemos desde ahí.

II

Nada nuevo traemos:

transformamos
lo que ya teníamos.

Hacemos de una herramienta dada
y anónima,
una voz que va creando
y renovando el lenguaje, en tanto
que se aparta de nosotros
a cantar por su cuenta.

III

Es una entrega
un aliento intransferible
gota perfecta de un océano precario
que nos da finalmente la fuerza

y nos saca de la ensoñación
para hacerla aparecer en las olas
de este mundo.

IV

Y es un instante de atención máxima
que se estira hasta encontrarse
a solas
con las piezas perdidas de la luz
entregadas por aquellos
que creíamos inexistentes.

V

Con esas piezas puedo ahora
iluminar este mundo
creado por el canto de la palabra
para que lo ocupe también
el resto de los hombres.

UN TIEMPO para escribir
cuando mire el fuego que se prende
a propósito de esta fricción
de ojos y hojas,
una concentrada hoguera
donde me encienda
absorbido por el oxígeno
que respiro,
hasta lanzarme como una chispa
y perderme por un cerro
de golpe iluminado en la noche
y terminar lejos de donde empecé

a separar las hojas en blanco
a cortar la leña
a ser uno con el que hacía
ese fuego, ese poema.

Acta de nacimiento

El acta de mi nacimiento
fue lo primero que escribí.
Tenía tanta necesidad de hacerlo
que lo tuvieron que escribir por mí
con un estilo que no era del todo mío
poco trabajado, chato quizá
pero directo y conciso
sin vueltas metafísicas.

Era necesario hacer ese poema
para que mi nacimiento
empezara conmigo.

Y ahí estábamos yo y enfrente, él
corroborándonos mutuamente.

En aquel primer escrito, hecho de un tirón
ya se puede observar
el hilo conductor de mis trabajos posteriores
que no fueron sino diferentes tentativas
de dar cuenta de mí mismo.
Fragmentos
que me cuestionan o me certifican
y, en suma, debaten mi existencia.

ESTAS PIEDRAS dispersas
¿qué fueron: una muralla,
una columna, una estatua griega?

No sé qué dicen.
Hablan diferentes lenguas
al responder de dónde vienen
las partes de mi corazón.

Me asusta
que en su desvarío
llegue un punto en que empiezan
a hablar cuerdamente
acerca de su locura.
No razonan su pasión
sino que apasionan su razonamiento
hasta velar las explicaciones.

Yo sigo el curso sacudido
de sus desacuerdos porque me sirve
para descifrar lo que en verdad piensan
acerca de cuando estaban unidas
y yo aún sabía lo que pasaba en mi corazón.

HABLARTE mientras dormís
es lo más parecido que conozco
a escribir un poema.

Sujetada a tu respiración, amagás
con irte, con quedarte.

Es como si no estuvieras del todo
y esa suerte de intermitencia
me va guiando en lo que digo.

Paso la mano por tu cuerpo
y se hunde en el puente
que atraviesa de ayer a hoy
y te pierdo y te sigo en el pasaje.

¿Qué se oye, qué dirección
toma este largo devaneo?

Las frases te acarician el cuerpo,
te tapan y sin querer te olvidan
en su afán de acomodar
el rasgueo de tu respiración
al tono oscuro de mi voz.

¿Qué le hace a uno alargar más
y más la declaración, hasta casi sabotearle
lo poco que tiene que decir
para quedarse revoloteando
alrededor del silencio como
de un fuego que mantiene despierto
al enamorado de las palabras?

¿Qué duración, qué soledad
atraviesa el insomne
con la sospecha de que, quizá, no esté solo
en la inmensa noche?

Es posible que más tarde
llegue de algún lugar
inexistente para mí
y sin terminar de abrir los ojos
estire la mano, diga alguna cosa
y yo, del lado del día,
en medio de la nada, la oiga mansamente.

*Suena a celada, a botín
a despojo
la palabra cayendo sin ruido sobre la hoja.*

WALTER CASSARA

LAS VOCES que vuelven
si en verdad son voces
respiración acumulada, ecos
creciendo
sin que terminen por fijarse
o que surja una chispa
como un tesoro acarreado desde muy lejos.

Si se fueran, digo, y no volvieran
sólo quedarían *filamentos de sonido*
algo todavía por decir
que no va a ninguna parte.

Sin embargo vuelven
las escucho, aunque no me hablen
y las escribo
en la oscuridad de esta noche
en silencio, en silencio, en silencio.

(Ese es su fragor, mi encierro locuaz)

¿Cómo saber si son las astillas
de lo que en el mundo se rompe cada día
o si, como lápices sin punta
son inofensivos fracasos
que no dicen nada de sí mismos?

¿Qué estrepitosa o tranquila máquina
podría absorber el furor de esas voces
y devolverlas traducidas?

AL FONDO de lo que quiero decir
hay algo que no se mueve.
El peso de la sed
el temor de morir ahogado
lo hacen apenas parpadear.

¿Será cierto que nunca sintió la lluvia en su lomo
y desconoce la luz de la luna?
¿Es verdad que no puede hablar?

Las redes que buscan sacarlo a flote
vuelven con tejidos que no parecen decir nada,
vacías y llenas al mismo tiempo.

No va a dejarse pescar.
No quiere saber nada con ese entramado
que lo devolvería al mundo
por fin visible y terrible.

Los testimonios alojados en la cavidad de sus ojos
se hundirán más y más
desdeñando las señales de luz
que brillan en los anzuelos.

Sobre la superficie
quedan estas redes de preguntas
que van una y otra vez al fondo
y vuelven con algas y amapolas y pequeñas
embarcaciones apenas entrevistas.

1. ESTAMOS de acuerdo, entonces,
en que soy un sujeto normal.
Pero a despecho de esto
a veces de noche escribo poemas
y digo “yo” como defendiéndome de algo
o de alguien que viniera a rendirme cuentas.

2. Yo: esa extraña sílaba
sin significado
y que no le pertenece a nadie,
a veces no puede tomar la palabra
porque no sabe más quién es
como un actor que balbucea
en un escenario vacío
tratando de leer un parlamento
cuyas palabras están en su contra.

3. Yo: eso es lo que queda
del poema cuando no hay
nada más que agregar.
Es el escenario que todos usan
y nadie barre, la luz que permanece
encendida como a punto
de mostrar algo,
y que no deja un solo espacio
donde poder escondernos
de nosotros mismos.

4. Pero no se queda atrás,
me rodea y no me deja salida,
me pide que me explique,
que la haga corta,
está bien, ya va, digo por decir algo,
pero se apresura a sofocarme,
me palpa de armas,
quiere que sea yo y nadie más,

se me mete en los ojos como una basurita
y en esa distracción
no me encuentra más en mí
y el poema queda girando
como un faro enloquecido
repitiendo yo yo yo
no sé si estúpidamente
o pidiendo disculpas.

Agradecimientos

No siempre es fácil conocer a una persona que sin más se preste enteramente a ayudarnos, poniendo toda su calidez, inteligencia y preocupación con tal de que todo salga bien para el otro.

Difícilmente esto, que ahora ha tomado forma de libro, podría haber pasado de ser un mero proyecto si Osvaldo Bossi no me hubiera ayudado y sostenido durante todo el proceso de escritura y corrección.

Gracias a él, hoy cuento con dos cosas preciosas y para toda la vida: este primer libro, y un amigo.



HUESOS DE JIBIA

EUGENIO MONTALE,
Huesos de jibia
(traducción de Ricardo H. Herrera)

WALTER CASSARA,
Máquina de trinar

GUADALUPE MURO,
¿Con quién dormías?

GUSTAVO GOTTFRIED,
Un rastrojero bajo el sol

NURIT KAZSTELAN,
Movimientos incorpóreos

OSVALDO BOSSI,
Del coyote al correccaminos

BEATRIZ VIGNOLI,
Soliloquios

GABRIEL CORTIÑAS,
Brazadas

ROXANA YBAÑEZ,
Río blanco

NICOLÁS PINKUS,
Ersatz

MARIANA SUOZZO,
Mark en el espacio

SILVIA LÓPEZ,
Cartografías

GERMÁN ROSATI,
Boca de tormenta

GUILLERMO DÁVILA,
El puente y otros poemas

SILVANA PROTO,
Hambre de estrellas

MARTÍN SÁNCHEZ,
Lluvia púrpura

OSÍAS STUTMAN,
La vida galante

WALLACE STEVENS,
Las auroras de otoño
(traducción de Roberto Echavarren)

LAURA PETRECCA,
Pensó que ya lo sabía

PABLO QUERALT,
Late

MAYRA MENDOZA TORRES,
Tras el caracol

DANIELA CAMOZZI,
La felicidad ajena

VIOLETA CANGGIANELLI,
El hotel de la danza

CARMEN IRIONDO,
Llamando al picaflor por el nombre
de pila

Impreso en noviembre de 2009 en Talleres Gráficos Su Impres S. A.
Tucumán 1480, Buenos Aires, Argentina.